

BEDE GRIFFITHS

*Monje del Ashram Saccidananda, India*

## EL ASHRAM Y LA VIDA MONÁSTICA

El ashram es una de las instituciones más antiguas de la India, aunque no puede ser llamado propiamente una institución. Más bien se trata de una forma de vida. Su origen se remonta a la época de los Aranyakas, de los Libros del Bosque (Upanishads) en el primer milenio antes de Cristo, cuando los Rishis se retiraron al bosque a meditar y sus discípulos se reunían alrededor de ellos para compartir su meditación y aprender el camino para vivenciar a Dios. Este aún es el carácter esencial de un ashram. Es un lugar donde los discípulos se reúnen alrededor de un maestro o gurú para aprender su forma de orar, meditar y buscar a Dios. Los ashrams han existido en la India desde los primeros tiempos hasta el día de hoy, aunque solo recientemente los ashrams de carácter cristiano han empezado a aparecer.

Los primeros esfuerzos para fundar un ashram en la Iglesia Católica fueron los de Jules Monchanin y Henri le Saux, quienes fundaron el Ashram Saccidananda, Shantivanam, en Tamil Nadu en 1950. Al llamarlo el Ashram Saccidananda, el nombre de la divinidad en el hinduismo, y considerando los nombres Parama Arubi Ananda, el Deleite del Espíritu Supremo y Abhishiktananda, el Deleite de Cristo, ellos mostraron que era su intención identificarse con la búsqueda hindú de Dios como Ser (sat), Conocimiento (cit), y Deleite (ananda) y relacionarse a esa búsqueda con su propia experiencia de Dios en Cristo en el misterio de la Trinidad. Lamentablemente, Monchanin falleció en 1957 antes de que el ashram se hubiera establecido y Abhishiktananda, después de permanecer por un tiempo solitario eventualmente se estableció como eremita en los Himalayas, donde murió en 1973.

Luego de su partida el ashram fue adquirido por un grupo de monjes del ashram de Kurisumala en Kerala, quienes intentaron continuar con el mismo estilo de vida, basados en las tradiciones del monasticismo cristiano y el *sanyasa* hindú. Desde los inicios se había decidido que la Regla de San Benito, que ha formado parte del monasticismo de Occidente por muchos siglos, serviría como el fundamento para la vida, tal como se hace en la tradición de los Padres del Desierto y la antigua tradición monástica. Pero al mismo tiempo, el objetivo era seguir las costumbres del *sannyasi* hindú, quien renuncia al mundo para buscar a Dios, para estudiar la doctrina hindú de Vedanta y seguir los métodos hindúes de oración y meditación mediante la práctica del *Yoga*. En lo externo la comunidad sigue las costumbres de un ashram hindú, llevando el *kavi* (hábito de un *sannyasi*), yendo descalzo, sentándose en el piso para orar y para comer y comiendo con la mano. De esta forma se busca la preservación del carácter de la pobreza y la simplicidad, que siempre ha sido la impronta del *sannyasi* en la India.

Entonces, ¿cuál es el significado de esta forma de vida para el monasticismo como un todo y para la vida cristiana en general? La primera cosa, diría yo, es que centra la vida entera en la contemplación, en la experiencia de Dios. Tenemos una larga tradición de contemplación y de vida contemplativa en la Iglesia, pero su significado ha sido oscurecido en tiempos recientes. El contacto con la espiritualidad hindú nos permite descubrir su significado para la Iglesia de hoy. En primer lugar, tenemos que aclarar lo que significa *contemplación*. Es una palabra latina que proviene de la traducción griega de *theoria*, ninguna de las dos palabras comunica su real significado. En la Iglesia primitiva, después de San Pablo, se dice que el ser humano estaba compuesto de cuerpo, alma y espíritu.

En tiempos posteriores la psicología aristotélica cuerpo-alma fue adoptada y la significancia del espíritu sufrió una amplia pérdida. El espíritu o *pneuma* en San Pablo corresponde estrechamente al *atman* en sánscrito y este es el concepto clave de toda la espiritualidad de la India. El espíritu trasciende al cuerpo y al alma o *psyche* y es el punto de trascendencia humana o contacto con lo divino.

Es una «capacidad» para Dios, un poder «obediente» en el viejo lenguaje escolástico, lo que permite que el ser humano reciba al Espíritu de Dios. En este punto del espíritu toma lugar la contemplación. La contemplación es la experiencia de Dios en el espíritu. Es lo que San Pablo quiere decir con vivir en «el espíritu» o vivir en «Cristo». Esta es, desde luego, la experiencia esencial cristiana. Decir que el ashram es un lugar de contemplación significa que es un lugar donde las personas vienen a vivenciar a Dios en el espíritu; no de la manera ordinaria de experiencia indirecta a través de los sentidos y la mente, sino en la profundidad del espíritu. Eso es precisamente esa trascendencia, no solo de los sentidos, sino también de la mente, que es la impronta de la espiritualidad hindú y es también el objetivo de la contemplación cristiana.

Las consecuencias de esto para la vida monástica son considerables. Significa que la vida monástica no se centra demasiado en la liturgia o en la *lectio divina*, aunque estas, por supuesto, tienen un lugar especial, sino en la oración contemplativa. En la tradición benedictina la liturgia siempre ha sostenido un lugar central y no hay duda de que la liturgia acompañada por la *lectio divina* puede llevar efectivamente a la contemplación. Casiano había descrito cómo en medio del canto de los Salmos uno puede ser inducido a un éxtasis súbito cuando uno es tomado por Dios. Pero la oración contemplativa en la tradición del Yoga es un método de llegar de manera más directa a la oración de la contemplación. Consiste precisamente en buscar, en primer lugar, armonizar los sentidos y la mente, para luego llevarlos a un estado de quietud y luego permitir que el espíritu se abra a la acción del Espíritu de Dios.

El significado práctico es que la oración personal se torna más importante que la oración común de la liturgia. No cabe duda que la oración de la liturgia al igual que la práctica de la *lectio divina* pueden llevar a la auténtica contemplación, pero el peligro está en detenerse en la oración discursiva y no llegar al nivel más profundo y más unificado de la oración de contemplación. En un ashram, por lo tanto, es normal asignar un lugar central a los tiempos de meditación (en el sentido oriental de la oración contemplativa) durante una hora en la mañana y una hora en la tarde. La oración litúrgica luego se convierte en un desbordamiento de la oración contemplativa y también en un medio de nutrirla. Es así que toda la vida se vuelve realmente centrada en la contemplación.

Otro efecto de este conocimiento de la vida monástica es que da mayor importancia a la vida solitaria. Los primeros monjes como San Antonio habían estado en soledad y la tradición de la vida solitaria ha permanecido siempre viva en la Iglesia, particularmente en las iglesias orientales. El propio San Benito tuvo un gran respeto por la vida solitaria pero la consideró como un estado excepcional de vida y reglamentó únicamente la vida en comunidad. El resultado ha sido que el monasticismo en el Occidente ha adoptado la forma de vida comunitaria. Sin embargo, hay excepciones. El monasterio de Camaldoli, fundado por San Romualdo en el siglo XI, adoptó ambos estilos de vida, la solitaria y la comunal. Hoy en día, el valor de la vida en aislamiento está siendo recuperada y hay más personas viviendo en soledad entre benedictinos y cistercienses. En la India parecería que hubiera mayor énfasis en la vida solitaria, desde que los *sannyasi* hinduistas siempre han sido solitarios; solo se reúnen con otros en los periodos iniciales de la época de monzones cuando una vida itinerante se vuelve casi imposible. Por esta razón, la comunidad en Shantivanam se ha unido a la Congregación Camaldulense, lo cual permite preservar la vida solitaria y la vida en comunidad.

Desde el inicio los monjes vivieron en pequeñas cabañas con techos de paja que les permitía posibilidades de estar en soledad, de reunirse a orar y de tomar los alimentos y trabajar en conjunto. Esto hace posible combinar la vida comunal y solitaria de acuerdo a las necesidades de cada individuo. Otro punto surge de las costumbres del *sannyasi* hinduista por ser considerado un monje errante. San Benito se opuso a lo que él llamó los *gyrovagi*, monjes que deambulaban de lugar a lugar. Los monjes itinerantes siempre han tenido un lugar en la Iglesia, especialmente entre los monjes celtas, quienes recorrían toda Europa fundando monasterios en diferentes países. Parecería que hay lugar hoy en día para los monjes itinerantes, ahora que es mucho más fácil viajar, especialmente en la India. La experiencia de viajar solo sin recursos humanos, contando solamente con la caridad del prójimo, es algo que muchos han encontrado como la oportunidad más reveladora de confiar en la divina providencia. También ofrece la oportunidad de visitar otros ashrams y monasterios, lo cual puede ser de verdadero valor en el desarrollo de la vida monástica. Uno piensa en la visita de Juan Casiano a los monasterios de Egipto que fue de tal consecuencia en el desarrollo del monasticismo moderno.

Esto plantea otras cuestiones importantes como la del entendimiento de la clausura. En la Regla de San Benito se le da un énfasis especial a la clausura del monasterio, pero un ashram hindú es esencialmente una comunidad abierta. San Benito, por supuesto, permitió la recepción de invitados y la hospitalidad se convirtió en una de las características de la orden benedictina, aunque la idea de la clausura y de estar separados del resto del mundo ha tenido siempre un lugar importante en la vida monástica. En un ashram hindú no hay clausura. Se espera que el *sannyasi* esté disponible para todo el que llegue y lo ideal de un ashram es ser un centro en el que las personas lleguen de todas partes para buscar orientación en la vida espiritual e incluso una respuesta a sus necesidades humanas y materiales. Parece que este modelo es mejor para la vida monástica de hoy en día. Un monasterio debería ser un centro al que las personas llegan para encontrar esa experiencia de Dios que da significado y dirección a sus vidas. Por mucho tiempo ha sido la costumbre de excluir a las mujeres de entrar al monasterio. Pero en un ashram hindú tanto las mujeres como los hombres son recibidos sin distinciones. En estos días personas de diferentes religiones son bienvenidas y este parece ser el llamado de la vida monástica en la actualidad. En todas partes del mundo la gente está en la búsqueda de Dios. Algunos son particularmente cristianos o católicos, pero muchos no profesan ninguna religión. Un ashram o un monasterio tiene que responder a las necesidades de todas estas personas, ofreciéndoles ese regalo de la oración contemplativa, que une a las personas de diferentes religiones y los abre al misterio escondido de la presencia inmanente de Dios.

Por último, una palabra debería decirse sobre la vida monástica como institución. Empecé diciendo cómo un ashram no es propiamente una institución sino un estilo de vida. En el transcurso del tiempo la vida monástica en Occidente se volvió sumamente institucionalizada. Esto tiene su valor y lleva a un mayor grado de estabilidad. Pero si un monasterio busca ser un centro de vida contemplativa, necesitaría ser más libre en sus estructuras. Thomas Merton se quejó al final de su vida, de que la vida monástica frecuentemente se orientaba a frustrar la misma vocación por la que existía. Un monasterio puede ser tan sumamente organizado con su liturgia, su estudio y su trabajo, que no hay libertad ni desarrollo del regalo contemplativo que es único en cada persona. Un ashram hindú, por otro lado, no tiene una estructura definida. Tal como dije, era inicialmente un grupo de discípulos reunidos alrededor de un *Guru*. En principio, el *Guru* no es responsable por la organización del ashram. Este es el trabajo de los devotos. Son ellos quienes proporcionan los fondos necesarios para construir un edificio y gestionar los asuntos del ashram. El *Guru* es responsable por el desarrollo espiritual de los devotos. Esto le da libertad a cada aspirante para desarrollar su propia vida interior. La relación de los devotos es esencialmente no hacia el otro sino hacia el *Guru*. Esto tiene su propio valor, pero también su propio punto débil. Puede llevar a una gran inestabilidad y a una falta de una verdadera vida comunitaria.

En un ashram cristiano el objetivo es por el contrario permitir la mayor libertad posible para crear una comunidad auténtica con lazos fraternales con los otros. Para el cristiano, el Guru es Cristo, y el padre espiritual nunca puede ser más que aquel que lleva a otros hacia Cristo.

Esta mayor necesidad de libertad parece tener gran importancia hoy en día. Hay muchas personas que buscan una forma contemplativa de vida, que quieren dedicarse a vivir «en el espíritu». Pero no están preparados para la vida organizada de una comunidad monástica ordinaria. Hay una creciente necesidad por comunidades más libres, tanto de hombres como de mujeres, de casados y solteros, quienes puedan llevar una vida dedicada a la vida de oración pero con la libertad de desarrollar su propio camino. Al mismo tiempo, estas personas necesitan un guía espiritual, quien pueda orientarlos en el camino. Quizás un grupo de «oblato» asociados a un monasterio, aunque reteniendo su propia independencia, sería la respuesta a esta necesidad. Algunos pueden vivir en sus hogares, ganando su sustento y reuniéndose regularmente para orar y meditar. Otros pueden vivir en comunidad, aunque con la libertad de seguir su propio destino. Hemos tenido en años recientes personas que llegan a nuestro ashram de todas partes del mundo, todos ellos han estado en la búsqueda de Dios, es decir, viviendo en la presencia de Dios, para dar sentido y propósito a sus vidas. Ellos no quieren adoptar la disciplina de la vida monástica, sino la libertad de seguir el llamado de Dios y descubrir un camino de oración y meditación que los conduzca a una plenitud personal. Creo que la comunidad fundada por el Padre John Main ha encontrado una respuesta a la necesidad de tales personas y un ashram puede ser también una manera de responder a esa necesidad. Pero hoy, todos debemos estar abiertos al llamado de Dios. Hay un movimiento del Espíritu a través del mundo y tenemos todos que encontrar la manera de responder a este movimiento. Las instituciones monásticas antiguas aun tienen su validez, aunque parezca que hay una demanda de nuevos desarrollos y de nuestra necesidad de apertura al movimiento del Espíritu, donde sea que nos lleve.

*Este artículo apareció originalmente en **Monastic Studies** In Memory of Dom John Main. Montreal: Mount Saviour Monastery and the Benedictine Priory of Montreal, 1984, pp. 117-123.*

Traducción: Elba Rodríguez, Septiembre 2018.

Edición: Marina Müller